

De estilo ecléctico, el cementerio de Montjuïc fue inaugurado el año 1883, momento de gran prosperidad para la ciudad



# Antropología Historia

## El mirador

Viaje a la ciudad de los muertos >

**Un autobús fletado por el Institut de Cultura parte cada sábado hasta el cementerio de Montjuïc para enseñar a los barceloneses antropología, historia y arquitectura**

Muchos sábados y algún domingo un autocar se detiene en la plaza Espanya y recoge a 25 personas. En la parte delantera del autobús puede verse a Mireia Sala y a Jordi Cerdà, miembros del Institut de Cultura de Barcelona y promotores de un itinerario literario que pretende fomentar la lectura a partir del recuerdo de los que ya no están entre nosotros. "El cementerio de Montjuïc –señala Jordi, en medio de un sepulcral silencio, únicamente profanado por ocasionales toses y carraspeos– se construyó en 1883 y fue inaugurado por José Fonrodona Riva, un indiano nacido en Matanzas (Cuba) que fundó un próspero comercio en Mataró. A partir de entonces, los muertos dejan de ser enterrados en las casas parroquiales y pasan a ocupar esta montaña".





# Arquitectura...

▲ A través de la lectura en memoria de personajes ilustres, el Institut de Cultura quiere fomentar el hábito de la lectura entre los barceloneses

Jordi Cerdá y un séquito de 25 curiosos, donde hay antropólogos, abuelos Cebolleta –“Jo vaig conèixer al pobre Macià en vida..”–, siete u ocho jóvenes y dos turistas italianas, caminan a buen paso hacia la tumba del escritor Màrius Torres. Llegados allí, una inesperada actriz vestida de blanco hace acto de presencia y lee un poema en su memoria. Una acción que se repetirá al visitar las tumbas de Josep Carner, Joan Salvat Papasseit, Josep M. de Sagarra, Francesc Macià, Jacint Verdaguer, Isaac Albéniz, Santiago Rusiñol, José Agustín Goytisolo, Joan Vinyoli y Lluís Companys, a quienes se “resucitará” a través de la literatura.

Vista desde cerca, la ciudad de los muertos es un laberinto de calles donde hay paz, pequeños roedores, frutas silvestres y cipreses que pugnan por tocar el cielo. Aquí reposan ilustres familias catalanas –los Collaso, los Godó, los Bonaplata– y aquí descansan también humildes ciudadanos, como Sánchez Roldán, más conocido por El Mula, quien fue fusilado por orden de la justicia y que hoy yace al lado de sor Magdalena Aulina.

Las sepulturas de ambos reposan en una zona que reúne a personas de clase media, algo así como el Eixample, un espacio más modesto que ciertos “barrios” elegantes de los alrededores, fácilmente reconocibles por sus panteones neoclásicos y modernistas. En este sentido, si hay una característica arquitectónica que sobresale en el cementerio de Montjuïc y que lo diferencia de otros –Sant Gervasi, Horta, Sarrià, Sants, Sant Andreu, etc.– ésa es, sin duda, su eclecticismo. Nada extraño si se tiene en cuenta que el cementerio fue fundado en una época de gran prosperidad que coincidió con las obras magnas de la Exposición Universal de 1888 y la incipiente fortuna de algunas familias que con el tiempo alumbrarían una nueva clase: la burguesía. Tal vez por esta razón, buena parte de estos industriales se decantaron por sepulturas neogóticas, pero también por criptas faraónicas y panteones clásicos, antes que por el tipo de arquitectura que predominaba en su época para significar que la persona que allí yacía no era un hombre cualquiera.

Desde un punto de vista antropológico, es también a finales del siglo xx cuando la muerte pasa a convertirse en tabú. Hasta entonces, la elevada mortalidad infantil había llevado a percibir la muerte como algo próximo y cercano. Morirse era un pasaje cotidiano de la existencia, tan natural como nacer, casarse o tener hijos. Todo lo contrario que en nuestros días, donde la mayor esperanza de vida

ha alumbrado una sensación de inmortalidad que la montaña de Montjuïc desmiente cada día.

Tal como recuerda Lluís Carandell, hasta principios del siglo xx era habitual que en los entierros se contaran chistes de dudoso gusto y que algunos epitafios se valieran de leyendas humorísticas. Sirva de botón de muestra el caso de un matrimonio. Al morir él, quiso que en su lápida pusiese: "Te espero (junio de 1895)", y añadió un poco más abajo entre paréntesis: "Creí que no venías". Treinta años más tarde, al fallecer su esposa, la lápida se completó con esta leyenda: "Ya estoy aquí (enero de 1925)". Éste sería también el caso de una familia que despidió así a su hijo: "Marianito, nos dejaste a los cinco meses. ¿Qué pronto empezaste a darnos disgustos!".

Muchos de estos epitafios informan también de las filiaciones políticas de los difuntos, caso del falangista Pedro Tomás Collada, que quiso despedirse de sus camaradas con este epitafio: "Español falangista, espera junto a sus compañeros haciendo guardia sobre los luceros". Otros, como Buenaventura Durruti o muchos de los enterrados en el Fossar de la Pedrera, no pudieron dedicar ni un momento a literatura.

Todavía hoy, ramos de flores recién cortadas honran el recuerdo de personas como Francesc Macià, que murió el día de Navidad y que está enterrado en la plaza de la Fe, un nombre alegórico para hablar de la esperanza de un pueblo. Casos similares son los de Jacint Verdaguer, promotor de la Renaixença y poeta del pueblo, o de José Agustín Goytisolo, que nada pudo hacer frente a las bombas alemanas que segaron su vida.

Pero si se habla de flores, los difuntos más afortunados son los ciudadanos gitanos, que las tienen en abundancia y de todos los colores (azules, rojas, malvas). Junto a ellas es común observar una guitarra, la misma con la que cantaron a la vida, con sus alegrías y tristezas.

Un kilómetro más abajo de donde se encuentra una familia gitana se halla el cementerio civil y de otras confesiones no católicas. Por lo que respecta a los orientales, sorprende ver kiwis, naranjas y frutos secos, en lugar de flores, así como billetes quemados.

Una tradición, la de los billetes, que recuerda las monedas que ponían en su tumba los griegos para pagar la entrada al más allá. De ello se encargaba el viejo Caronte, que trasladaba a los cuerpos hasta la otra orilla a cambio de unas monedas. Allí eran juzgados por Minos, Eaco y Radamanto. Los buenos iban al paraíso de los Campos Elíseos y volvían a la vida al cabo de unos años, reencarnados en





◀ La percepción de la muerte ha cambiado con el tiempo: los ritos funerarios, como el obsequio se hacen a partir del siglo XIX.

personas distintas, después de haber bebido las aguas del olvido para no recordar ningún episodio pasado. Los malos, por su parte, eran condenados a un lugar horripilante llamado Tártaro, donde, debido a los pestilentes vapores, los pájaros que sobrevolaban el paraje caían muertos en el acto.

Sin embargo, este "viaje pagado", bien conocido en China, Grecia o Roma, ha alcanzado curiosas deformaciones con el tiempo. Así, en algunos pueblos del interior de Mallorca era habitual hasta el siglo pasado poner en el ataúd del difunto tabaco de pipa, pues era creencia extendida que el santo padre fumaba como un carretero.

"El culto a la muerte sirve para dar pistas sobre la sociedad en que vivimos", indica Jordi Cerdá mientras el autobús arranca. Justo debajo de donde pronuncia estas palabras se divisa la Barcelona de los mil atascos, de las chabolas y la droga (una columna de humo asciende desde Can Tunis), de las tiendas caras del paseo de Gràcia, del viejecito que mira el mar con el periódico bajo el brazo y del escolar que cruza la calle corriendo. Una Barcelona que desde aquí aparece fragmentada pero que, tarde o temprano, deberá coincidir en esta montaña. Cuando eso suceda, tal vez un autobús nos visite y nos obsequie con un poema capaz de hacernos volver a la vida.

### LAS CARACOLADAS DE CAN TUNIS

Según cuenta el gran folklorista Joan Amades, la llegada de la muerte se celebraba en siglos pasados con auténticos festines que solían acabar en bacanales. Mientras que nueces, avellanas, almendras y piñones eran los platos más extendidos, se excluía taxativamente la carne de ave ya que antiguamente existía la creencia de que las almas, al separarse del cuerpo, tomaban forma de pájaro. También en algunos pueblos de L'Empordà y del Camp de Tarragona era habitual cocinar habas ya que, según una antigua tradición egipcia, los muertos se alimentaban de esta legumbre.

Todos estos ritos, ya descritos por Homero, evolucionaron con el tiempo hasta llegar al siglo XIX. Es entonces cuando los pobres ponen de moda comer castañas el día de Todos los Santos, cuando no un enorme caldo para reconfortar a los familiares y amigos del muerto. A diferencia de ellos, los ricos preferían un arroz caldoso, al que precedía una gran caracolada. Tanto es así que el merendero Can Tunis se puso muy de moda y allí solían reunirse Santiago Rusiñol, Pompeu Gener, Ramón Casas y el humorista Albert Llanes para dar buena cuenta de los gasterópodos. Carme Riera cuenta en el libro *Els cementiris de Barcelona* que el propio Llanes, malhumorado porque algunos caracoles salían vacíos, llamó al dueño de Can Tunis y exclamó en voz alta: "Escala, aquests cargols són una porqueria. ¡Els de l'altre cementiri són molt millor!". Una anécdota que tal vez sea inventada pero que informa de la diferente percepción que ha merecido la muerte hasta llegar a nuestros días. ☒ Antonio Ori